



ATUK
EL TORBELLINO DE
LOS FALSOS DIOSES

Jean Vanderhoeht

ATUK
EL TORBELLINO DE
LOS FALSOS DIOSES



Primera edición: diciembre de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jean Vanderhoeht

ISBN: 979-13-87909-60-4

ISBN digital: 979-13-87909-61-1

Depósito legal: M-24704-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedico estas páginas a toda persona
que de algún modo, por afinidad,
se encuentre en ellas*

PRÓLOGO

¿Cuál es la verdadera historia del hombre verdadero?
¿Quién la escribió?

Los barbudos vinieron por el mar, eran rudos y sanguinarios, codiciaron las riquezas del hombre verdadero, y mataron a su pueblo. O lo que quedaba de él. Ellos escribieron la historia de lo que pasó, como ellos lo veían. El pueblo sometido no conocía el idioma del conquistador, ni sabía lo que escribían, no supieron decir nada, además, nadie los habría escuchado.

Pero el pueblo de los dioses ya tenía su historia milenaria, interrumpida por un instante por los barbudos que agregaron su capítulo, imponiendo su voluntad a los dueños de la tierra. ¿Cuál es la verdadera historia del hombre verdadero? ¿Quién la escribió?

La historia de estos pueblos está escrita en su propio idioma, está documentada desde tiempos muy lejanos, más de diez mil años, con los nombres de sus emperadores, sus ciudades y mucho más, estos escritos están escondidos en las entrañas de la montaña, protegidos por los ancianos y los auténticos chamanes. Ellos se ocupan

de darla en conocimiento a los pueblos dispersos, lo que quedó del gran imperio. Pero además es una historia secreta, que nadie repite en presencia de extraños.

Sin embargo, esa historia no lo cuenta todo, hay cosas que la gente dice.

—Somos un pueblo que tiene poderes, pero los perdimos.

—Esto lo sabemos, pero no lo comprendemos, así nos lo contaron nuestros padres, nuestros abuelos, que lo supieron de aquellos que vivieron en el tiempo de los visitantes, y que tenían esos poderes, cuando éramos el imperio más grande de la tierra.

La historia habla del Portal de la Montaña, y de los visitantes que se fueron.

Pero, eso no es todo, es solamente la parte de la realidad, que las máximas autoridades divulgaban entre la gente.

El pueblo solo sabe una parte de la historia.

Los visitantes tenían su propia ciudad, escondida en la montaña. La ciudad subterránea de los dioses, nadie la conoce, ni nadie la vio, solo los sabían algunos chamanes que les eran incondicionalmente fieles, pero todos los visitantes se fueron.

Sin embargo, existe el rumor de que en algún lugar de la cordillera, hay una ciudad subterránea, desconocida, y habitada, ¿pero por quiénes?

CAPÍTULO 1

EL ÚLTIMO EMPERADOR DEL IMPERIO DESTRUIDO

Atuk empezaba a sentir el cansancio, hace horas que corría sin parar. Corría a una cadencia regular, alerta a su entorno, una parte de su mente al acecho de cambios sospechosos, mientras las ideas se sucedían sin relación aparente, al margen de su consciencia. Sin embargo, en este momento, tuvo vivencias de lo que sucedió unas horas antes, y su atención se centró, y pudo ver la escena del chamán Atleti en la casa de Yaku, su media hermana.

En un rincón oscuro de la casa, un niño se quejaba durmiendo en una mecedora de mimbre; es Chakte, quien en sueños delira, angustiado por una fuerte fiebre que lo aqueja desde hace días.

El chamán decía.

—Una fuerza maligna atenaza a tu hijo, un espíritu del mal, si me concentro en él, me nubla el entendimiento, me paraliza, me siento débil y no lo puedo ayudar.

Atleti es un hombre alto, pero encorvado, en su rostro siempre hay una expresión indefinida, como si estuviera ausente, ahogado en sus ideas. Su cara rodeada de cabello gris, partido al medio y que portaba largo y llevaba atado con una cinta a la altura de la nuca, parecía diminuta en relación con su cuerpo imponente, era grande y obeso.

La madre del niño dijo, angustiada:

—Por favor, Atleti, no lo abandones, es lo único que tengo, no dejes que pierda el soplo de vida, le prometí a su padre que haría de él un hombre fuerte, igual que él.

—Qué más quisiera yo que salvar al hijo de Yanki, este niño no puede morir, su destino ya está escrito y se tiene que cumplir, y yo estoy en esto, y si no se salva cambiará el destino del pueblo de los dioses, y mi alma, en vez de descansar, se perderá en el vacío del olvido.

Atuk, tan angustiado como su media hermana y el chamán, dijo:

—Yo hago una promesa, que Chakte viva; si se salva, renuncio a mí mismo, que los dioses dispongan de mí.

El chamán lo miró, y la intensidad de su mirada fue contagiosa y le contestó.

—¿Vas a cargar tú con la responsabilidad de la vida del hijo menor de Yanki?

—Lo haré, sí, lo haré por mi padre, por mí, y por Chakte, mi sobrino.

—Lo estarás haciendo también para el pueblo de los dioses —afirmó el chamán, y la expresión de su rostro se transformó, parecía de piedra.

—Soy fuerte, tú sabes que nadie puede conmigo, haré lo imposible.

—Entonces, anda al portal de la montaña, en tan poco tiempo que confundas a este maligno que se apoderó de tu sobrino, anda y levanta la piedra.

En tan solo un instante, Atuk recordó, y todo el cansancio se fue, sabía que tenía que correr así, durante días, sin parar.

Él era alto, también atlético, su piel morena hacía resaltar los rasgos fuertes de su rostro y sus facciones tenían el brillo de la juventud, su cabellera era dorada, casi blanca, su pelo liso, pesado, flotaba al viento y parecía que se negaba a seguir los movimientos del cuerpo al correr.

Atuk no paraba de correr, nadie sabía que podía correr tanto, ir tan lejos, solo lo hacía de noche, la oscuridad era su aliado.

Ahora, iba por el camino, pero no siempre, a veces cortaba por los campos del hombre blanco, descendientes de aquellos que vinieron por el mar y que su pueblo recibió con regocijo, pensando que eran los dioses que volvían, pero los dioses no habían vuelto todavía, los barbudos eran sanguinarios y mataron a su pueblo.

Atuk no quería odiar, le habían enseñado a comprender que todo lo que sucede, debe suceder, pero al hombre blanco lo odiaba igual. Su pueblo diezmado vivía escondido, pero no olvidaban.

Iba por esos campos prestando mucha atención, una vez los vio, eran tres y estaban armados.

Sabía que si lo veían lo iban a matar, pensarían que es un ladrón de ganado, no preguntarían.

Él sentía los latidos del corazón, le parecía que todo su cuerpo latía, logró emparejar la cadencia, un latido, un paso, así, velozmente, agachándose, invisible entre los arbustos y las malezas, se alejaba, en su mente veía a su sobrino.

Él sentía que a cada paso que daba la salud de Chakte mejoraba.

Todos los días iba el chamán a la casa de Yaku, la enfermedad de Chakte, le parecía que la vivía, en su cuerpo, y repetía.

—No puede morir, vivirá, lo puedo sentir, Atuk sabe lo que tiene que hacer.

Un día, encontró a la madre con Chakte en brazos, otras veces también los había encontrado así, pero esas otras veces el niño estaba mal, sus brazos colgaban de su cuerpecito, sus ojos lagañosos estaban cerrados, y cuando los abría, no tenían brillo. Pero esta vez, era diferente, Yaku miraba a su niño y sonreía, mientras lo apretaba contras su pecho, el niño dormía plácidamente. Cuando Atleti, agachando la cabeza, entró en la habitación, ella lo miró con los ojos húmedos y le dijo:

—Está mejor, míralo, qué lindo que es —el niño abrió los ojos. ¡Cómo brillan!—. Ves, ya no tiene fiebre.

Atleti se acercó y le tocó la frente.

—Ya no tiene fiebre —cerró los ojos, respiro profundamente, y agregó—. Atuk llegó al portal de la montaña. Fue del agrado de los dioses, porque movió la piedra.